

## CAPÍTULO XV.

Un día de campo en Chapultepec.

Han trascurrido once días desde que tuvieron lugar las escenas del capítulo anterior.

Enrique, cumpliendo la palabra dada á Miguel de concurrir al día de campo á que le invitó para Chapultepec, como hemos visto en otra parte de esta historia, caminaba en uno de los carruajes que montaban los convidados, contento, porque iba á pasar al lado de María las horas mas agradables de la vida.

Siete coches de cuatro asientos partieron de la casa del segundo, marchando por de-

lante los que conducian á las señoras, cual otros tantos jardines flotantes, cubiertos de hermosas flores, y cerrando la marcha los que ocupaban el sexo feo, al decir de los hombres, pero no al parecer de las mujeres.

El bosque de Chapultepec, hácia el cual caminaban, es una de las cosas mas grandiosas que presenta al viajero la exuberante vegetacion del rico suelo mexicano.

Al penetrar en esa emperatriz de las selvas, en ese delicioso recinto, plantado por los reyes de Tenochtitlan y de Texcoco en los días de su grandeza, de su poder y de su gloria; en ese bosque venerando que ha sobrevivido á la ruina de tantos otros que formaban el bello adorno de aquella region vírgen y encantadora, el alma experimenta esa emocion dulce, tierna, respetuosa, indefinible, que sentimos al vernos frente de esos grandiosos monumentos, cuya historia se pierde en la noche de los tiempos.

¡Cuántos encantos, cuántos misterios, cuánta poesía encierra para el observador ese magestuoso bosque que sobrenada á la

ruina y devastacion del tiempo destructor y de las sangrientas revoluciones!

Todavía en el fecundo recinto de esa bellísima sultana de las florestas y de las selvas, se levantan imponentes, robustos y lozanos, aquellos antediluvianos ahuehuetes y corpulentas sabinas, cuyo robusto tronco solo es dado abrazar entre doce personas, y bajo cuyo espeso ramaje, que proyecta una verde y deliciosa bóveda, mecida por las embalsamadas auras, reposaron gozando de su benéfica sombra, Alvarado y Bernal Diaz, Hernan Contés y la Malitzin, Guatimoc y sus guerreros, Moctezuma y sus hechiceras favoritas de ojos negros, turjente seno, pié breve, y abundante y negra cabellera.

¡Cuántas veces bajo esos árboles gigantes, que los hace aún mas venerables el encanecido y ceniciento parásito que cuelga en largas hebras de sus extendidos brazos y que cubren con su ramaje la deliciosa alberca, se habrán bañado las seductoras y graciosas indias del harem de los sultanes que rigieron el imperio mas poderoso, mas

fuerte, mas rico y mas civilizado de la América!

¡Cuántas veces en su trasparente cristal habrá buscado dulce solaz la seductora intérprete del célebre conquistador, que agregó á la corona de España un Nuevo Mundo!

Aun se cuenta al menos que, en la deliciosa alberca, y bajo el enramado toldo, formado por los árboles, aparece al toque de las doce, á esa hora en que el sol desciende por entre las verdes ramas como una brillante gasa de oro y plata, cuentan, repito, que aparece en la superficie de las transparentes linfas, rizadas por las leves auras, la tierna y encantadora india, suelta la negra, lustrosa, abundante y luenga cabellera pronunciando el nombre de aquel guerrero español, á quien tanto ayudó en la grande y arriesgada empresa á que dió cima con un puñado de valientes.

¡En este bosque todo es bello, todo grande, todo magestuoso! Cada árbol, cada vareda, cada arbusto, cada arroyo de los muchos que cruzan su sombreado recinto, es

una epopeya dulcísima de aquellos tiempos que precedieron á la conquista.

En esas mismas espaciosas glorietas, circundadas de frondosos árboles y de asientos de piedra, donde hoy celebran sus dias de campo los modernos mexicanos, se entregaron al regocijo y al placer las principales notabilidades indias, antes de que el terrífico estruendo del arcabuz europeo resonara en las misteriosas calles de ese recinto, embovedadas por el tupido follaje de los corpulentos ahuehuetes.

Para el filósofo que penetra en esta deliciosa mansion, donde tantas veces me he paseado, ¡cuántos encantos reúne cada uno de los objetos que le rodean! Este es, piensa, el sagrado recinto, propiedad de la familia real, adonde á nadie le era permitido entrar sino á los grandes del reino, despojándose primero del rico calzado que llevaban. Estas pintorescas sendas que atravieso, son aquellas por donde los emperadores aztecas, seguidos de sus principales guerreros, cruzaban con el formidable arco en la mano izquierda, y la veloz flecha en la dies-

tra, en pos de esos canoros pájaros de brillante plumaje que, agitando sus pintadas alas, se despiden del astro principal, cuyos tibios rayos tiñen el occidente de púrpura y de grana que al través de la enramada, semeja un trasparente velo salpicado de cintillantes chispas de rosieler y nácar. Estos que á mis plantas pasan murmurantes arroyos, son los mismos en que bañaban sus diminutos y delicados piés las seductoras indias, de rosada tez y turgente seno, que tan llenas de atractivos se presentaron mas tarde á los ojos de los españoles. Esta espaciosa calzada, que conduce al grandioso colegio militar, es la misma por donde subian los antiguos mexicanos al palacio del emperador, que se elevaba grandioso é imponente en el mismo dominante lugar en que aquel se ostenta. Desde aquí miraban arrobados de placer aquellos reyes, de la misma manera que yo miro en este instante, á un lado los pintorescos pueblos de Mixcoac, San Angel y Tacubaya, cuyas casas, escondidas entre el ramaje de los árboles, aparecen cual otros tantos nidos de pa-

lomas que blanquean á lo lejos: enfrente, la extensa línea de suntuosos edificios de la emperatriz ciudad, de la gran México, con sus gigantescas torres, sus pintorescas calzadas orilladas de frondosos álamos, y sus deliciosas azoteas, convertidas en tantos otros odoríferos jardines: á la izquierda, los transparentes lagos cubiertos de ligeras canoas de indios; y al Sudeste los dos gigantes magestuosos del pintoresco valle, el Popocatepetl y el Iztlazihuatl, cuyas elevadas cimas, cubiertas constantemente de nieve semejan los blancos penachos de dos invencibles guereros, cuyas blancas plumas van á perderse en la trasparente bóveda del cielo. Sí, desde aquí se descubren esas dos montañas colosales, llamadas la una *Popocatepetl*, que significa *monte que arroja humo*, que tiene de altura 5.400 metros sobre el nivel del mar, á la cual subió en 1.519 el intrépido capitán español Diego Ordaz, y la otra denominada *Iztlazihualt*, que quiere decir *mujer blanca*, teñidas ambas por los raudales de luz de un sol abrasador que, al reflejar sus rayos sobre la inmensa capa de

nieve, parece brotar de la superficie una nube de llameantes colores que incendian la creacion.

Pero dejemos de describir las bellezas que encierra un sitio por tantos motivos venerando, y sigamos á los personajes que hácia él se dirijian.

Despues de haber atravesado por espacio de un cuarto de hora por el hermoso paseo de Bucareli, y dejando á la derecha el risueño camino de San Cosme, y á la izquierda la poética campiña de la Piedad, los aurigas detuvieron el paso á sus éticas mulas á la entrada del bosque de Chapultepec, que ya conoce el lector.

Miguel, Enrique, y algunos caballeros, bajaron de sus coches, y poco despues penetraban, dando el brazo á sus lindas compañeras, en aquel agradable recinto.

¡Cuántas risueñas esperanzas, cuántos proyectos de eterna ventura cruzaron por la mente de aquellos séres que, conmovidos por el dulce acento del objeto que á su lado contemplaban, ni siquiera notaron en las

bellezas con que les brindaba aquel sitio de misteriosos recuerdos!

¡Dichosos momentos del amor y de las ilusiones, vosotros sois los únicos que constituyen la pasajera época de la felicidad del hombre!

¿Por qué durais tan poco, sueños dorados de la juventud?

¿Por qué pasas tan rápida, dichosa edad de la esperanza y de los placeres?

¿Por qué llega tan presto esa época de los desengaños, de la amargura y del desencanto; esa edad de la reflexion y del severo análisis, que despojando á los objetos del brillante ropaje que deslumbraba nuestros ojos, nos presenta descarnada la verdad?

El raudo tiempo que silencioso pasa sobre nuestras cabezas, nos arranca, sin sentirlo nosotros, del verjel de las flores en que empieza nuestra vida, seca, con su soplo destructor, la raíz de nuestro cabello que cobra el color de la nieve, y nos empuja hácia el desierto arenal de la vejez, donde recoge nuestro cuerpo la tumba.

Como un impetuoso y desbordado rio no

ve dos veces la verde y matizada orilla que detras deja, así el hombre en el curso rápido de su existencia no vuelve ya á la feliz edad de la juventud en que dejó sus ilusiones, sus esperanzas y sus encantos.

Miguel que, aunque jóven, habia probado la amarga hiel de la ilusion perdida, caminaba distraído, contestando friamente á las preguntas de una hermosa jóven que se apoyaba en su brazo; y Enrique, que daba el suyo á la bella María, era demasiado feliz para que la fria reflexion de lo breve que pasa nuestra felicidad, viniera á ocupar el grato lugar de sus ilusiones amorosas.

Los demas personajes, gente alegre y de festivo humor, marchaban diseminados por aquí y por allí, en tanto que los criados extendian sobre el alfombrado suelo de una glorietta, un limpio mantel que anunciaba la hora de almorzar, á la vez que los músicos, que siempre llevan los mexicanos en tales fiestas, daban al viento los sonoros acordes de la flauta, bajo, arpa y *jaranita*, (bandurria) convidando á los jóvenes á bailar.

Pronto se acercaron algunas parejas al

lugar de la música y empezaron á valsar; pero no así Enrique, cuyo corazón embriagado de amor, á la vez que de respeto había el objeto amado, buscaba con su linda pareja los puntos mas solitarios, resuelto á aventurar una declaración. Mil veces se dispuso á confesar á la hermosa prima de su amigo las tiernas afecciones de su alma, y otras tantas enmudeció, temiendo que su declaración nublara el rostro celestial y melancólicamente apacible de la mujer que amaba con todas sus potencias: se reprendía á sí mismo interiormente por su ridícula cobardía, que de tal calificaba él mismo su timidez, y sin embargo, el temor triunfaba de sus convicciones, y echaba por tierra todas sus resoluciones.

Al ver un hombre tan tímido en amores, la sonrisa se asomará á los labios de la mayor parte de los lectores, hoy que atravesamos un siglo en que se hace gala de ser osados y emprendedores con el bello sexo; pero téngase entendido que yo escribo la historia de un hombre verdaderamente enamorado; que pinto los sentimientos puros,

sin doblez, de un corazón sensible y honrado que cifra su porvenir y su ventura en el objeto amado, y que de ninguna manera he tratado de bosquejar al mortal rutinario, de alma gastada y fría, en cuyo sistema de vida entra el de ponderar á todas las mujeres un cariño que no siente, porque en este juego de ficciones sabe que nada va á perder con una repulsa, y que algo ganará con la credulidad de su víctima.

Pero aun hay que tener en cuenta otra consideracion: la influencia del clima y la situacion especial de aquel hermoso suelo que remeda el perdido Eden. Enrique era mexicano; habia nacido bajo aquel cielo siempre sereno y puro, que imprime un carácter dulce y respetuosamente apasionado; donde el amor no es el amor de otros países, fogoso, terrible, que raya en frenesí, sino el amor de aquella exuberante region, donde se ama con aquella finura que no degenera en mera galantería, con aquella delicadeza que revela consideracion y respeto á la mujer amada; con aquella ternura, y si se quiere, voluptuosidad, que no ofende

la decencia. El amor, así como los hombres, tiene su fisonomía particular, según el país en que se ha desarrollado; y si en los segundos no puede confundirse, por su aire y sus costumbres, el suelo en que han nacido, en el primero descubre el hombre pensador, las marcadas tintas que indican su procedencia. México es el país del amor; pero es del amor dulce como el perfume de sus flores; modesto como el halago de sus embalsamadas auras; tierno como su suelo virginal; puro como su limpio cielo en una noche de luna, y firme como los ricos metales que encierran sus montañas.

Sin embargo, por mucho que yo aplauda ese respeto de los mexicanos hacia esa encantadora mitad del género humano, preciso es confesar que, el de Enrique, tocaba en un extremo reprehensible, aunque preferible siempre á esa libertad que raya en licencia y que contrasta, de una manera muy marcada, con los delicados sentimientos que atesora el alma de la mujer.

Enrique buscaba un medio indirecto de manifestar su amor á la linda compañera

que se apoyaba en su brazo, y creyó encontrarlo en dos canoras avecillas que, posadas en una verde rama, daban al viento, moviendo sus pintadas alas, sus delicados trinos.

—¡Dichosas avecillas!—Exclamó el enamorado joven, dirigiéndose á la hermosa María:—ellas, huyendo de las demas de su especie y buscando la soledad, se entregan, sin duda, á los dulces coloquios del amor.

—¿Y juzga vd. que son felices porque se aman?

Indicó María con una languidez que manifestó participar de la misma opinión.

—Sin duda. ¿Dónde hay felicidad comparable con la de dos seres que se adoran? El amor es el origen de todos los bienes que poseemos: por él existe el mundo; por él vive la naturaleza; por él fecundiza la tierra ese sol que nos alumbra. Ved cómo sonrío la superficie de ese arroyo, rizando sus limpidas ondas al dulce halago de esa brisa errante y leda, que pasa diciéndole su amor: ved cómo las flores abren sus tiernas corolas al ténue rayo de esa luz que duda penetrar por el espeso ramaje, enviando su amor

á las delicadas plantas; ved cómo crecen robustos estos gigantescos ahuehuetes acariciados por el fecundante amor del limpio arroyuelo que acaricia la sólida base de su admirable tronco. ¡Ah!... ¿no es cierto, María, que sin amor no puede haber vida, mundo, ni felicidad?

La joven conocia, por experiencia propia, toda la verdad de aquellas últimas palabras: acababa de probar la triste realidad de un desengaño: la esperanza que hasta entonces habia alimentado de ser amada, la habia hecho feliz, y esta felicidad desapareció de su corazón tan pronto como vió que le faltaba el amor de su primo.

El amor, pues, era indispensable á su vida, como el sol á las flores.

María suspiró con este recuerdo, y contestó con lánguida voz:

—Tiene vd. razon, Enrique: el amor debe ser la luz cuando es correspondido; pero amar sin esperanza, vivir pensando en el objeto que hace latir nuestro corazón, y no ver premiado nuestro amor, debe ser tan cruel, como dulce lo primero.

—La muerte debe ser preferible á ese tormento.

Exclamó Enrique con toda la fuerza de la verdad.

—¿Le conoce vd. acaso?

—No, pero temo conocerlo.

—Mientras no ame vd., libre está de conocerlo.

—¡Mientras no ame!.... ¡Ah!.... ¡María! ¿Y si la dijese á vd. que amo, que no vivo mas que con el recuerdo de una mujer, y que esa mujer es mi dicha, mi porvenir, mis ilusiones, mi esperanza?... Si la dijese....

—No pretendo que me confie vd. los secretos de su corazón, porque sentiria verle padecer.

Dijo María, temiendo una declaracion. Las mujeres están dotadas de tan delicado instinto y fina penetracion, que pronto leen lo que pasa en el alma del hombre que les dirige la palabra.

María habia leido en la tierna mirada de Enrique, el amor hácia ella á la vez que su

respeto, y trató de evitar una declaracion, á la cual no podia corresponder.

El jóven, por su parte, creyendo descubrir en las palabras de María un prelude á una negativa, volvió á verse envuelto en su natural timidez.

María, deseando salir de la situacion embarazosa en que ambos se encontraban, y revistiéndose de un aire jovial, dijo dando otro giro á la conversacion.

—¿No quiere vd. que nos acerquemos á bailar?

—El canto de los pájaros me habia hecho olvidar la música de los hombres.

—¿De veras?—exclamó María, haciendo un esfuerzo para sonreír:—¿Es vd. del número de los poetas campestres que se deleitan con *el dulce murmurio* de un *límpido arroyuelo*, y que aprecian mas un verso de

Yo ví sobre un tomillo  
volar un pajarillo

que los mas brillantes saraos?

—Si el canto de los pájaros se escucha al

lado de una jóven del mérito de vd., es preferible á todos los placeres de la tierra.

—Agradezco la galantería, aunque no sea mas que lisonjera fórmula con que los hombres tratan de manifestar su deferencia á nuestro sexo.

—He ahí un efugio con que vdes. evitan responder á una declaracion: con decir es *lisonja*, es *galantería*, no dejan vdes. al que las ama, ni aun el consuelo de pensar que ha sido creído.

—No todas son tan injustas con los hombres.

—Mal podria vd. serlo cuando tiene vd. una prueba incontestable en su primo, de la vehemente pasion con que ama nuestro sexo.

—¿En Miguel?

Exclamó María estremeciéndose al escuchar aquel nombre que ejercia un poder mágico en su sistema físico y moral.

—Sin duda.

—¿Y es correspondido?

—¿Luego Miguel le ha ocultado á vd?....

—Todo, menos que ama.

—¿Cuando digo que es el amante mas

raro que han conocido los tiempos pasados, presentes y futuros!

—¿Y es jóven la mujer que ama?

—Como vd.

—¿Virtuosa?

—Como vd.

—¿Hermosa?

—Superior á todas; pero inferior á vd.

—¿Su nombre?

María esperó con avidez la respuesta de lo que tanto deseaba saber; pero la presencia de un jóven que habia ido al encuentro de ellos cruzando la arboleda, prohibió á Enrique satisfacer el deseo de la mujer que amaba.

—Señorita, dijo el nuevo personaje, he corrido á su encuentro, porque tuvo vd. la bondad de ofrecerme el primer vals, y precisamente va á empezar en este momento.

—Tiene vd. razon: contestó María disimulando el disgusto que le causaba aquel contratiempo; y apoyándose en el brazo que le ofrecia el apasionado al arte de Tersícóre, se despidió de Enrique, para acercarse á la espaciosa glorieta en que bailaban.

Enrique se quedó maldiciendo á esos imprudentes séres, especie de hurones de la sociedad, que aparecen en todas las conversaciones cuando nadie los espera: hombres cuya llegada se teme como la invasion de una epidemia; espías que asoman la cabeza en todas las funciones por entre los grupos de la concurrencia, para caer sobre sus víctimas; cocos de los amantes que, cuando mas solos y retirados se juzgan, aparecen sonriendo maliciosamente, complaciéndose en el disgusto que saben que causan, y entablan una larga conversacion, aunque se les conteste con los secos monosílabos de *no* y *sí*, de que echamos mano cuando deseamos deshacernos de una persona: necios como el D. Saturio de "Un tercero en discordia" que toman un desaire por una prueba de cariño, y una indirecta de las del Padre Cobos, por manifestacion de grata confianza: ceros sociales, en fin, á quienes viene de molde aquella cuarteta del oportuno Breton de los Herreros que dice:

Se llevó el cólera-morbo  
á millares de inocentes,

y no se llevó á estos entes  
que solo sirven de estorbo.

Despues de haber bailado un vals y una contradanza, se dió principio á una espléndida comida, en que alternaban la cocina francesa y mexicana. Allí, al lado del *mole* de *juajolote* (pavo en salsa roja) de los *chiles rellenos* (pimientos) de las gallinas en pipian, de los *frijoles gordos* (judías dispuestas en un guiso especial) y del *pulque* de piña, (vino mas blanco que la leche, sacado del *maguey*, planta de la familia de la que en España llamamos pita) se ostentaban los mas exquisitos platos de la cocina extranjera.

La mas cordial alegría reinaba en todos los concurrentes: los brindis se repetian á cada instante, y las jóvenes eran el objeto de las mas finas atenciones de sus galantes compañeros que, animados por los dulces acordes de la música que tocaba en tanto que duraba la mesa, dirijian flores de buen genero á las lindas y seductoras hijas del fértil suelo de Moctezuma.

María no apartaba los ojos de Miguel que

estaba enfrente de ella, ocupado en servir á una graciosa jóven que llamaba la atencion de todos por su rara hermosura.

—¿Será ésta, pensó, la mujer que me roba el cariño de mi primo?

Y la enamorada María, aunque dotada de un corazon exento de innoble envidia, sintió una inquietad vehemente al reconocer el mérito de la que ella se imaginó que podia ser su rival.

Experimentó por la vez primera en su vida, un sentimiento de repulsion hácia aquella jóven; sentimiento que no acertaba á comprender de qué provenia, y que sin embargo reconocia por origen una causa muy marcada.

Y es que no queremos que nadie sea el objeto de las atenciones de la persona que amamos.

Cada palabra que Miguel la dirijia sobre las cosas mas insignificantes, la mas leve sonrisa con que el hombre acoge cuanto la mujer dice; todas aquellas cosas, en fin, tan naturales, y de las cuales no puede prescindir en la sociedad ningun jóven bien edu-

cado, eran para ella otras tantas manifestaciones de amor.

¡Cómo se engañaba!

Si María hubiera podido leer por un momento en el corazón de su primo, hubiera visto que sus palabras eran como las del autómatas que nada siente, y la sonrisa, lo que la llanura de un mar en calma, rizado en la superficie por las halagadoras brisas, y en el fondo muerto.

Dicen los poetas que el amor es la felicidad del mundo.

La flor galana entre las espinas de la tierra.

La fuente de vida en el desierto arenal que atravesamos.

La luz y la alegría del orbe.

Creo que no todos mis lectores participarán de la opinión de los poetas.

El amor, así como las demás cosas de nuestro mezquino planeta, presenta dos aspectos diametralmente opuestos. Tiene como el Jano de la fábula dos rostros en que se marcan la expresión de encontrados afectos,

risueño y grato el uno, severo, sombrío y aterrador el otro.

Preguntad á los jóvenes, desde los 18 á los 22 años, qué cosa es el amor, y os dirán que es el dorado espejo que nos presenta á todas horas la encantadora faz del ángel que ha conmovido nuestra alma.

La idea única que embellece el pensamiento.

El dulce imán que nos arrastra hácia otro ser mas puro que el aroma de las flores.

El perfumado lirio que brota en el alma para embalsamar la existencia.

La única página brillante del libro de la vida.

El soplo vivificador de la Divinidad que descende al mundo para iniciar al alma en los deleites celestiales.

Haced la misma pregunta á los hombres desde los 28 á los 40, y os contestarán que el amor es el canto de la sirena que nos arrastra á la muerte.

El brillo de la luz que seduce á la incauta mariposa y en donde al fin muere abrasada.

La piedra falsa que nos deslumbrara, y

cuyo ningun valor reconocemos cuando ha pasado por el crisol del tiempo y la experiencia.

Uno de esos delirios en que el hombre, apoderado del lente de las ilusiones, ve lo que no existe, y cree en lo que no ve.

El dorado ensueño de la juventud, cuyos diáfanos y brillantes colores, se convierten al despertar, en frias y nebulosas sombras que asustan la vista y hielan el corazon.

La escuela de los desengaños.

El verdugo de las ilusiones.

La fuente de todos los tormentos, de todas las desgracias, de todas las amarguras.

Pero para ¿qué preguntar á nadie, cuando vosotros mismos habreis experimentado esa mezcla de placer y de amargura, de tristeza y alegría, de incertidumbre y esperanza, de muerte y de vida que acompaña á esa pasion de la que el mundo entero es su víctima?

Basta á nuestro propósito haber presentado la situacion en que se encontraban los personajes de nuestra historia, para conocer cuán distantes debian estar ellos de ca-

lificar de felicidad una inquietud que no los abandonaba un solo instante.

Por fortuna, en aquella misma concurrencia, al lado de los que padecian, habia otros que se juzgaban los mas felices de la tierra, y que lo eran realmente por la misma razon de que lo creian.

—Señores—dijo no bien acabaron de almorzar, el jóven que habia bailado con María—propongo que demos un paseo por el bosque con las señoras, en tanto que los músicos toman un refrigerio.

—Voto por la afirmativa.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo: exclamaron veinte voces á la vez, ofreciendo cada cual el brazo á la jóven con quien mas simpatizaba.

Miguel presentó el suyo á María que con aquella atencion de su primo, creyó pagado con usura cuanto habia padecido hasta entonces, y echaron á andar por una de las mil calles que cruzan la respetable mansion de los antiguos reyes mexicanos.

Es preciso haber visitado muchas veces

el grandioso bosque de Chapultepec, como lo he visitado yo, para conocer el influjo que en el alma ejercen, inclinándola al amor, aquellos sitios de tantos recuerdos, tan silenciosos y llenos de misterios.

Allí todo respira respeto, admiración y amor; y los alegres jóvenes de nuestra novela, tomando cada cual por distinta senda, se dirijian con sus lindas compañeras de negros ojos y breve pié, unos á la admirable alberca cubierta por la alta bóveda de corpulentos árboles, y otros á la cima en que se ostenta magestuoso el Colegio Militar, y desde donde se descubre el grandioso valle de México con sus mil plateadas lagunas, sus pintorescos canales cubiertos de pintadas canoas, y sus sólidos acueductos.

Felices todos con el grato panorama que á sus ojos presentaba la exuberante naturaleza, y con la agradable conversacion de sus parejas, dejaron correr las horas sin que nadie se acordase del baile ni de los músicos.

Todos tenian una palabra de amor para la jóven que acompañaban.

Solo Miguel, ocupada su imaginacion con la memoria de Luisa, y buscando los sitios mas solitarios, hablaba con María de cosas indiferentes, que estaban muy lejos de satisfacer las exigencias de un corazón enamorado.

—Parece—dijo la jóven notando en dos personas que se acercaban de frente por la misma calle de árboles que llevaban ellos—que han venido otras familias al bosque.

—Puede ser muy bien.

Contestó Miguel sin alzar la vista.

—Y son un caballero y una señorita muy hermosa: míralos, aquí están.

Y efectivamente llegaban en aquel instante dos personas adonde los dos interesantes primos se hallaban.

Miguel alzó la cabeza, y al encontrarse sus ojos con los de la mujer que María, con justa razon, calificó de hermosa, se estremeció, como se estremeció ella en el brazo del que la acompañaba: este lanzó una mirada de odio sobre Miguel, que correspondió con otra no menos terrible.

El nuevo personaje, que en aquella mira-

da leyó una provocacion marcada, trató de desasirse de su compañera que, pálida y temblando, se asió fuertemente de su brazo para evitar una desgracia. Al verse detenido, rugió de rabia como el tigre encadenado que no puede caer sobre su presa; volvió á lanzar otra mirada significativa sobre su contrario, que equivalia á un desafío, y se alejó con su compañera, rechinando los dientes y murmurando palabras de venganza.

Miguel, que habia hecho inauditos esfuerzos para contenerse á la vista de aquel hombre, contestó á la muda manifestacion de su contrario, con una señal de inteligencia, que se podia traducir por la admision de un reto.

María, que habia notado los efectos de aquel extraño enecuentro, y que no habia perdido ni uno solo de los movimientos de su primo, creyó haber descubierto lo que tanto deseaba saber; y al verle aún trémulo y fijo en el mismo sitio en que acababa de pasar la desagradable escena, le dijo:

—Te has puesto pálido: ¿estás malo?

—No.... no tengo nada.

—¿Quién es ese caballero, que tan furioso se ha puesto al verte, y sobre el cual te ví dispuesto á arrojarte?

—Un enemigo mio.

—¿Enemigo?... ¿Y por qué causa?

Miguel iba á responder francamente á aquella pregunta; pero reflexionando luego que revelar el secreto podria dar lugar á injustas sospechas en la limpia honra de la mujer que amaba, varió de pensamiento y contestó:

—Pertenece á otra comunion política que detesta á la mia.

Estas palabras desorientaron á la jóven, que volvió á preguntar.

—¿Y conoces á la hermosa que va con él?

—Sí; es la hermana de mi amigo Enrique.

—¿Parenta acaso del que la acompaña?

—Su esposa.

—¿Ah!... ¿es casada?

—Sí.

Esta contestacion acabó de desvanecer todas las sospechas de María. Creia demasiado en los rectos principios de Miguel

para juzgarle esclavo de una pasión criminal.

—Acerquémonos—dijo Miguel ya más tranquilo—á la glorieta en que han vuelto á reunirse nuestros amigos, y que estarán esperando sin duda.

—¿Piensas bailar?

—Y contigo, si no estás comprometida con otro.

Contestó Miguel tomando un aire jovial, y procurando desterrar de la memoria los tristes pensamientos que le dominaban.

—Pues vamos allá.

Y llegando á poco al sitio en que sonaba la música, tomaron parte en el baile, sobresaliendo entre todas las parejas por su ligereza y gallardía.

Véamos ahora lo que pasaba con Luisa y su indignado esposo.

Este había propuesto á su mujer un paseo, con objeto de distraerla, y poder reparar en parte el disgusto que le había causado con sus celos la noche de la carta: Luisa lo aceptó, y al ver que Fernando ponía á su disposición el punto que más grato juzgara,

eligió el bosque de Chapultepec, bien agena de pensar que encontraría en él al hombre con quien debió unirse en otro tiempo.

Fernando mandó poner el coche, y se dirigió con su esposa al sitio por ella elegido.

Disgustado de ver que no estaban solos, dieron unas cuantas vueltas, y se disponían á salir del bosque, cuando se encontraron con Miguel y María.

Lo que pasó en aquel instante ya lo sabe el lector.

Fernando dió por un momento entrada en su corazón á la más negra sospecha.

La vista de su rival le trajo á la memoria la carta que encontró en el suelo, dirigida á su mujer: se acordó del hombre que vió deslizarse entre los arcos del acueducto y de la sorpresa de su esposa al verle: pensó que aquel encuentro no podía ser casual: llevó su desconfianza hasta el grado de suponer que Luisa y su antiguo rival se habían citado para verse allí, y tuvo la crueldad de manifestárselo así á Luisa, que quedó aterrada con suposición tan injuriosa.

—Sí; tú sabías que le encontrarías aquí.

—Exclamó Fernando, mirando á su esposa con ojos encendidos de cólera.

—Te juro que no.

—En vano lo niegas: estabais citados, y por eso preferiste Chapultepec á todos los demas puntos de recreo.

—¿Fuí acaso yo la que te propuse el paseo?

—No.

—¿Y hubo tiempo, aun cuando fuera tan criminal como me supones, para avisar á nadie de nuestra resolucion, siendo así que salimos de casa en el instante que acepté tu obsequio?

Fernando quedó suspenso con aquella observacion que la encontró justa, y no acertó á contestarla.

Luisa comprendió lo que pasaba en su alma, y agarrándole con cariño la mano, le dijo:

—¿Dudas aún?

A aquellas amorosas palabras, pronunciadas con la sinceridad y el acento mas tierno, se llenaron de lágrimas los ojos de aquel hombre tan fácil en enojarse cuando se juz-

gaba ofendido, como en arrepentirse al conocer su error.

Era uno de esos caracteres francos, de corazon sin doblez, cuyas acciones no reconocen mas norma que la justicia, y que están siempre dispuestos á dar una satisfaccion á la persona á quien involuntariamente han ofendido.

—No, Luisa: soy un insensato: dudar de tí, es dudar de la virtud de los ángeles. Pero tú, que eres tan buena, me perdonarás, ¿no es verdad?

Exclamó llevando á sus labios la blanca mano de su esposa que, por toda respuesta, le envió una de esas celestiales miradas que revelan el cariño, la gratitud, el amor y las afecciones mas puras, mas íntimas y tiernas del alma.

Fernando comprendió todo el valor de aquella mirada, y añadió con toda la efusion del amor mas profundo.

—¡Gracias, gracias!... Jamas volveré á ofenderte.

Al decir esto llegaron fuera del bosque,

subieron en el coche que los esperaba en la puerta, y se dirijieron á casa.

Una hora despues el sol retiraba su luz á otro hemisferio.

La alegre concurrencia, queriendo aprovechar los cortos instantes que restaban de claridad, bailaba el último vals con un afán que rayaba en locura, con un entusiasmo delirante y vertiginoso que agotaba sus fuerzas y violentaba la respiracion.

Los mozos entretanto, guardaban los restos del banquete en vistosas canastas, envolvian los cubiertos en los manteles, y apuraban una que otra botella de vino de Burdeos que encontraban empezada, juzgando sin duda que pesaria menos en el estómago que sobre los hombros.

La música terminó por fin, y todos los concurrentes se dispusieron á volver á México. Los amartelados jóvenes se dirijieron cada cual á ofrecer su brazo á la señorita á quien habian rendido su voluntad, y Enrique tuvo la fortuna de dar el suyo á la hermosa María, á la vez que Miguel se habia ofrecido á acompañar indiferentemente á

otra de las muchas hermosas que habian concurrido.

Arreglado este asunto de tanta importancia para los jóvenes de ambos sexos, las felices parejas cruzaban las frondosas calles de aquel delicioso recinto en animadas conversaciones, y se dirijian hácia los coches que habian quedado afuera, y que esperaban para conducirlos á la ciudad.

Pronto el ruido de las voces y de los pasos se perdió entre el murmurio producido por el aire que movia las hojas de los árboles, mientras se vislumbraban dudosamente entre las medias tintas de la luz crepuscular, los cándidos ropajes de las bellas que al fin desaparecieron en el fondo oscuro de los últimos ahuehuetes.

Todo quedó de repente en soledad completa.

Un silencio profundo siguió al bullicio de aquel dia.

¡Qué aspecto tan magestuoso presentaba entonces la reina de las selvas! . . . Chapultepec se ostentaba en aquel solemne instante de paz y de silencio, con la sublime ma-

gestad de una magnánima emperatriz que recobra su cetro. Era la espléndida matrona, respetada por mil generaciones, que, envuelta en las negras vestiduras de la callada noche, se levantaba enhiesta en medio del extenso valle, como una hermosa y respetable viuda entre las tumbas de sus mayores, para pensar en los venerandos objetos que embellecieron su patria, y á los cuales sobrevivía para patentizar su antigua magnificencia.

Parecía que, dominada de profunda tristeza, pero grande y digna en su misma melancolía, protestaba con sublime elocuencia contra las orgías y los bailes allí celebrados, que tan mal cuadraban con sus recuerdos de religion, de austeridad y de nobleza: se hubiera dicho que evocaba las sombras de los monarcas aztecas para llorar con ellos la profanacion de aquel sagrado recinto, única página aún no arrancada del libro de las grandes obras que precedieron á la conquista; página de inestimable precio que encierra la historia de florecientes imperios, y que la saña del inflexible tiempo acabará

de borrar para siempre, si los que tienen á su cargo las riendas del Estado no reco miendan su conservacion á personas inteligentes y amantes de las antigüedades de su patria.

La noche en tanto avanzaba rápidamente.

Los pájaros de brillante plumaje buscaban su albergue en las ramas de los árboles.

Nada turbaba el silencio de la sultana de las selvas.

De repente se escuchó el ruido de varios coches que partian hácia la capital.

En uno de ellos marchaban Enrique y Miguel que habian convenido en descubrir, en aquella misma noche, el secreto que obligaba al esposo de Luisa á dejar la compañía de ésta al toque de ánimas.